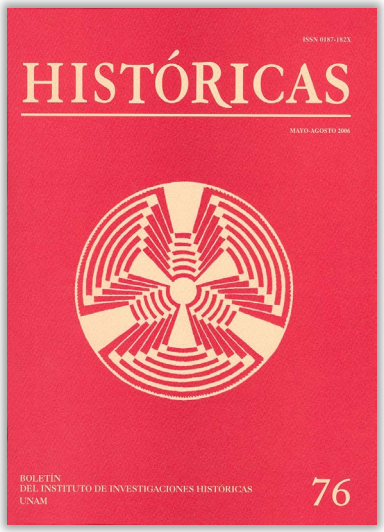


Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas
Año: 2006
Número: 76
ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]
ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 76 (2006). http://hdl.handle.net/20.500.12525/3504

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es)"

Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución**: debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

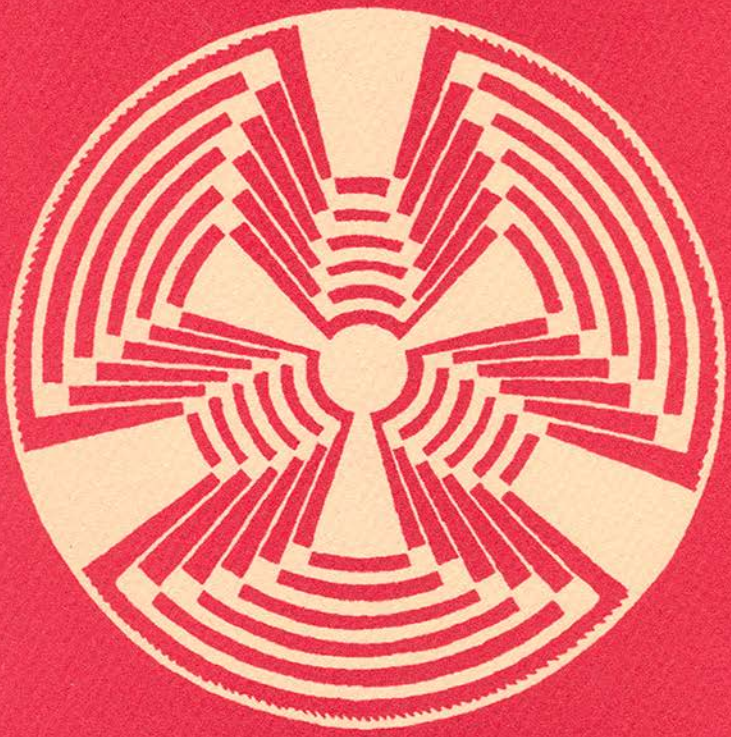
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

REPOSITORIO INSTITUCIONAL HISTÓRICAS UNAM

ISSN 0187-182X

HISTÓRICAS

MAYO-AGOSTO 2006



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

76

Alicia Mayer
Directora

Miguel Meléndez
Departamento de Cómputo

Alfredo Ávila
Secretario académico

Cristina Camacho de la Torre
Secretaria técnica

Javier Manríquez
Departamento Editorial

Virginia Medina
Secretaria administrativa

Esther Arnaiz Amigo
Coordinadora de biblioteca

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila, Alicia Azuela de la Cueva, Tiziana Bertaccini, Johanna Broda, Rosa de Lourdes Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José E. Covarrubias, Rodrigo Díaz Maldonado, Iván Escamilla González, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Patrick Johansson K., Ana Carolina Ibarra, Miguel León-Portilla, Janet Long Towell, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Pilar Martínez López-Cano, Carlos Martínez Marín, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares Ramírez, José Luis Mirafuentes, Sergio Miranda Pacheco, Josefina Muriel, Federico Navarrete, Sergio Ortega Noriega, Guilhem Olivier, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Enrique Plasencia, Ignacio del Río, J. Rubén Romero Galván, Javier Sanchiz, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Ernesto de la Torre Villar, Jorge E. Traslosheros Hernández, Evelia Trejo, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Esther Arnaiz Amigo, Fernando Betancourt M., Cristina Carbó, Katia M. Cortés, Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Roselia López Soria, Javier Manríquez, Miguel Meléndez, María Teresa Mondragón Reyes, Salvador Reyes Equiguas, María Luisa Reyes Pozos, Ricardo Sánchez Flores, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Alicia Mayer
Directora

Miguel Pastrana
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Janet Long Towell
Teresa Lozano
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute
José Luis Mirafuentes
Elisa Speckman
Ernesto de la Torre Villar

Portada e ilustraciones: Miguel Covarrubias, *El águila, el jaguar y la serpiente. Arte indígena americano. América del Norte: Alaska, Canadá, los Estados Unidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961. Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*, favor de dirigirse a: Dra. Alicia Mayer/Dr. Miguel Pastrana, Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Maestro Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F. Teléfono y fax: 5665-0070. Página electrónica <www.unam.mx/iih/>. Composición electrónica: Sigma Servicios Editoriales, en tipo Goudy OlSt BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Impresión: Hemes Impresores. Tiraje: 500 ejemplares. Portada: Carmen Fragano Ríos. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

HISTÓRICAS 76

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. MAYO-AGOSTO 2006. ISSN 0187-182X

CONTENIDO

ENSAYOS

Otra vez la historia moderna y contemporánea de México en el Instituto de Investigaciones Históricas
Álvaro Matute 2

La melancolía del pasado: Hannah Arendt y la filosofía de la historia a cien años de su nacimiento
Roberto Fernández Castro 17

OBITUARIOS

In memoriam Guillermo Lohmann Villena, 1915-2000
Ernesto de la Torre Villar 26

EVENTOS ACADÉMICOS

Cátedra del Exilio Español 28

NOTICIAS

Premios y distinciones 30
Cambio de adscripción 30

PUBLICACIONES

Novedades editoriales 31
Publicaciones periódicas 32

❍ *ENSAYOS*

Otra vez la historia moderna y contemporánea de México en el Instituto de Investigaciones Históricas

Álvaro Matute

Me celebro y me canto a mí mismo.
Y lo que diga ahora de mí, lo digo de ti.

WALT WHITMAN, *Canto a mí mismo*

Modernidad y contemporaneidad

Por una interpretación de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto de Historia, derivado de dicha ley, dedica sus esfuerzos a investigar la historia nacional dividida en tres grandes temporalidades: la prehispánica, la colonial y la nacional o moderna y contemporánea, como un trasunto de la división clásica de la historia europea devenida universal: antigüedad, edad media y, otra vez, moderna y contemporánea. Debo decir que, pese a todo, tal división tiene sentido, aunque denota un fuerte aliento decimonónico. Lo paradójico del caso es que la división fue establecida por la última, la nacional o moderna-contemporánea para caracterizar las anteriores a ella, siendo una la que hacía depender la historia del territorio mexicano de la corona española, y la otra, la de los milenios en los cuales se había permanecido al margen de Occidente. Lo paradójico es, pues, que siendo la división oriunda de la moderno-contemporaneidad es a lo menos que se dedicó el instituto durante sus primeros decenios.

La interpretación de la Ley Orgánica, fincada en que la UNAM debe dedicar sus esfuerzos al estudio de la realidad nacional, no la exime de volver sus ojos al exterior, al conjunto humano al cual se pertenece y dentro del que toda experiencia histórica le concierne al género humano y no sólo a una parte "nacional" del mismo. Por otro lado, es cierto que lo inmediato, lo propio, lo cercano, son categorías que inducen de manera poderosa a que los esfuerzos se dirijan a México. De la misma manera el Instituto de Biología, si bien parte de la universalidad de la disciplina, se ocupa de la flora y la fauna mexicanas, por el simple hecho de que son las que están en el entorno inmediato. Lo mismo sucede con el Instituto de Geografía, México está en el centro, pero siempre con la conciencia de que es una parte de la totalidad universal.

Podría también alegarse que la historia mexicana se corresponde con la moderna europea desde el posclásico en adelante. Cuando Santo Tomás de Aquino, redactaba la *Summa theologica,* Ahuízotl todavía no levantaba el acueducto para llevar agua de Coyoacán a Tenochtitlan. Eso era la Edad Media, en el caso del Aquinate; para nosotros, la era prehispánica posclásica. Ya propiamente renacentistas serían Moctezuma Ilhuicamina y Bocaccio o Petrarca. Sin embargo, la gravitación en torno al eje de Occidente hace que la nomenclatura de la historia americana esté determinada por su relación con el llamado Viejo Mundo y sea colonial y antes de serlo reciba nombres que con la partícula *pre* se indican los nombres de Colón, España o Cortés. Hubert H. Bancroft utilizó la denominación *native races* para la historia de los Estados Unidos.

Por todo esto y más, lo que queda es aceptar el convencionalismo por el cual identificamos como "historia moderna y contemporánea de México" a la ocurrida después de conseguida la independencia del país, no sin antes discutir si la guerra de Independencia pertenece todavía a la época colonial o ya es moderna. Si se quiere, en rigor, es historia colonial y no sería moderna nuestra historia sino hasta 1821, aunque en favor de colocar la independencia en la modernidad, el alegato consistiría en señalar que fue el motor que empujó a México hacia afuera de la Colonia. Por lo menos eso se pudo haber pensado hasta hace relativamente poco tiempo, cuando los investigadores dedicados a escudriñar el siglo XVIII descubrieron la importancia de las reformas borbónicas, tendientes a *modernizar* la Nueva España. ¿Es entonces la ocurrida de la visita de Gálvez en adelante historia moderna? En muchos sentidos sí, pese a que todavía se desarrolla dentro del ámbito del dominio español.

Si se atiende, sin embargo, a la inercia histórica producida por la resistencia al cambio y se parte de lo establecido por don Daniel Cosío Villegas, la historia moderna de México comenzaría hasta 1867, cuando se logra el triunfo de la República, una manera institucional de ser, distinta y opuesta a la monárquica que la tradición empujaba desde la consumación de la independencia. Se puede desarrollar una fuerte argumentación en favor de la caracterización del periodo 1821-1867 como el del último tramo de la tradición, en el que la modernidad brillaba por su ausencia. Cierto que ese mundo en muchos aspectos se desmoronaba, pero seguía ahí, en su organización económica, en muchas de sus instituciones, en la cotidianidad. Modernidad, en cambio, es ferrocarril, fotografía, supresión de la alcabala, inversión extranjera abierta, sistema bancario, telégrafo y después teléfono, libertad de cultos, en fin, múltiples indicadores de que se dio un cambio en la vida colectiva que la diferencia de lo anterior. Entonces, el inicio de la era moderna se ubicaría en 1867, pero surgiría el problema de cómo denominar al periodo independiente.

¿Y la etapa contemporánea? Desde un punto de vista generacional, sería aquella a la que se pertenece, aquella en que la vida comenzó a ser como es ahora. Se trata de un concepto movible. Para algunos iniciaría en 1910, pero eso no es sostenible a 95 años de esa fecha. Es posible que la estricta contemporaneidad del inicio del siglo XXI se ubique al final de la Segunda Guerra Mundial. Se sabe que no se duerme en una época histórica y se despierta en la siguiente. De ahí que el parteaguas del fin de la guerra, realmente mundial, marque una serie de antes y después que le dan significado al acontecer en muchos órdenes. Para aludir a alguno, la contemporaneidad se mide al cotejarnos con hombres de saco y corbata y no de uniformes galoneados, corbata de plastrón, sombreros de ala ancha o camisa y calzón blanco con huarache. Además del saco y corbata, emblemáticos, puede pensarse en la camisa a cuadros y los pantalones de mezclilla, y éstos para ambos sexos. También está el transporte en automóvil o autobús y no en vehículos de tracción animal. En suma, predominio de la vida urbana sobre la rural.

Por todo esto, la división tripartita de las áreas de investigación del instituto arroja el hecho de que, para atender la más reciente, su vocación fue tardía. Las primeras realizaciones se ubican en los ámbitos prehispánico y colonial. Sólo hubo un proyecto ubicable en la etapa reciente, y abordado desde una perspectiva tradicionalista. Puede decirse que durante los primeros quince años, o sea, la cuarta parte de su historia actual, el instituto le dio la espalda a la investigación e interpretación de lo ocurrido en los siglos XIX y XX. Y como es comprensible, si en el primer tramo no hubo mucho trabajo al respecto, fue difícil lograr que tuviera presencia. Esta situación explica que Roberto Moreno en la entrevista que le hicieron Alicia Olivera de Bonfil y Salvador Rueda con motivo del quincuagésimo aniversario del instituto expresara: "tampoco valía la pena meternos mucho a la historia contemporánea de México porque también hay dependencias de la Universidad que la cubren".[1] Si bien se le puede conceder razón en el sentido de que un instituto no debe abarcarlo todo y sí, en cambio, destacar en algún aspecto, la presencia de especialistas en todas las épocas puede garantizar la posibilidad de elaborar proyectos de continuidad, de duración larga. Precisamente el ejemplo de las reformas borbónicas obliga a los estudiosos del último tercio del siglo XVIII a adentrarse en la vida de los primeros sesenta años del siglo XIX y a la inversa, por lo menos, para no hacer referencia al problema de la historia de los grupos indígenas cuyo final no se dio en 1521, sino que es menester saber de ellos a través de los siglos.

[1] Alicia Olivera de Bonfil (coord.), Salvador Rueda y Laura Espejel, *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, 243 p., ils., p. 237.

En suma, al contrario de las especializaciones de la historia de Occidente, donde tiene sentido ser medievalista, especialista en antigüedad o en historia moderna, la corta duración de la historia mexicana, exceptuando la prehispánica anterior al posclásico, hace pensar en maneras diferentes de parcelar los tiempos, los espacios, las actividades humanas a las que los historiadores dedican sus esfuerzos. Si bien la especialización implica el saber cada vez más de cada vez menos, ella es la garantía de un conocimiento preciso acerca de lo que aconteció. Y como escribiera Carlos Fuentes hace medio siglo, "Aquí nos tocó, qué le vamos a hacer".

Ahora bien, el asunto de las páginas que siguen es comentar algo de lo hecho por los integrantes del Instituto de Investigaciones Históricas en el campo de la "historia moderna y contemporánea de México" a lo largo de los sesenta años de su existencia.

El dominio de la heurística

Un instituto fundado por quienes desde 1974 he denominado "tradicionalistas empíricos" no podía comenzar de otra manera que no fuera editar documentos inéditos y muy raros. De esa manera procedió con la enorme empresa de intentar publicar el archivo de Porfirio Díaz, que los descendientes del autócrata depositaron en el instituto. Éste, a su vez, encomendó la tarea a don Alberto María Carreño, probo historiador académico, tradicionalista, que inició la ardua tarea, continuada por don José María Luján, apoyado por jóvenes historiadoras.[2] La empresa ocupó treinta volúmenes y cubrió apenas la mitad del primer gobierno, hasta que llegó la hora fatal en la que los descendientes de don Porfirio, pretextando la nefasta huelga de 1966 cuyo objeto fue defenestrar al doctor Ignacio Chávez de la rectoría, retiraron el archivo para depositarlo en la Universidad de las Américas, donde Laurens Perry se hizo cargo de él y logró sacar una guía general. Luego pasó a manos de la Universidad Iberoamericana, institución que le ha dado un buen tratamiento y utilización. Ésa fue la primera tarea del entonces llamado Instituto de Historia en relación con la historia entonces reciente de México. (Entre la renuncia de don Porfirio y la publicación del primer tomo de su archivo transcurrieron sólo 36 años).

[2] Para no recargar demasiado este texto con referencias bibliográficas, ya que habrá muchas menciones a obras publicadas por el instituto, remito a los interesados a Rosalba Alcaraz *et al.*, *Libros e historia. Catálogo comentado de las publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas 1945-1995,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, 325 p., y a su complemento: *Libros e historia. Adenda I. 1995-2005,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, 346 p. Las jóvenes historiadoras son Amaya Garritz y Virginia Guedea, quienes rememoran su experiencia en Alicia Olivera de Bonfil, *op. cit.,* p. 133 y 149-150.

En la misma tónica, aparecieron en 1948 unos documentos sobre la *Invasión norteamericana a Tabasco*, compilados y presentados por don Manuel Mestre Ghigliazza, otro representante del tradicionalismo empírico. Más adelante, y derivados del archivo del general Porfirio Díaz fueron dados a conocer *El libro secreto de Maximiliano*, traducido por Rosa Camelo, que consiste en apuntes del emperador sobre personas que colaboraban con su gobierno, y la edición facsimilar del *Pearson's Magazine* que contiene la entrevista Díaz Creelman, acompañada de su respectiva traducción, que es la primera y única edición completa de esa suerte de testamento de don Porfirio.

Por su parte, combinando de manera magistral la selección documental con la adecuada explicación histórica, Ernesto de la Torre dio a conocer *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado mexicano moderno* (1964), libro que trascendió el ámbito conmemorativo gracias a su riqueza documental y a la sobria y atinada presentación que de ellos se hizo, considerándolos más apéndice que fin en sí mismo, aunque abarquen más páginas que el texto original. Don Ernesto de la Torre, con la sabiduría que lo caracteriza, ha continuado con la práctica documentalista y recientemente ha entregado al instituto *La intervención francesa a través de la correspondencia de sus mariscales* y un volumen que lleva por título *Documenta insurgente*, preparado por don Luis G. Urbina, como parte del centenario celebrado en 1910 y que rescata y presenta De la Torre.

Dentro del mismo ramo de publicación de documentos, José Valero Silva, historiador de generación distinta a la de Carreño y Luján, siguió derroteros semejantes al de ellos, con el usufructo del Archivo de Gildardo Magaña, donado a la Universidad. Bajo la dirección de Miguel León-Portilla, se establecieron las revistas como órganos de expresión del instituto, con una por cada área, así, Valero fue el primer director de *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* que inició sus días en 1965.

Manuel González Ramírez y el propio Valero hicieron selecciones documentales del archivo zapatista, entre las cuales se contó con piezas de la mayor importancia aparecidas en los primeros números de la flamante revista. Con ellos, la Revolución Mexicana hizo acto de presencia como materia de investigación histórica.

La experiencia acumulada en los primeros años de vida del instituto rindió frutos y lo ubicó como modélico en el ramo. Su mejor propuesta en ese sentido fue, sin duda, la *Historia documental de México*, que cubrió todas las etapas y que en lo tocante a la de los siglos XIX y XX, su director general, Miguel León-Portilla, encomendó la tarea al mencionado Ernesto de la Torre, a Moisés González Navarro —de El Colegio de México— y a Stanley R. Ross —de la Universidad de Nueva York en Stony Brook y después de la de Texas en Austin—. La *Historia documental de México* es una obra excepcional que cubre hasta el sexenio de Adolfo López Mateos con base en frag-

mentos significativos y en ocasiones textos completos, con buenas presentaciones de cada sección.

Esta línea de trabajo no se agotó en los años sesenta sino que continuó. Otro cultivador he sido yo mismo, e irrumpí en la escena con *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas.* Se trata de un libro solicitado para servir de apoyo a la docencia en el entonces recién creado Colegio de Ciencias y Humanidades. La antología fue hecha a partir de la base propuesta por Miguel León-Portilla consistente en cotejar fuentes directas e interpretaciones históricas. También edité un cuadernillo elaborado por el político oaxaqueño Juan Sánchez, quien fuera diputado constituyente en 1916-1917, con el curioso título de *Vida literaria de Benito Juárez,* claro, en 1972. Luego proseguí dicha labor con *Contraespionaje político y sucesión presidencial*, libro que ilustra un caso de contraespionaje telegráfico llevado a cabo alrededor de la gira electoral de Álvaro Obregón en 1919-1920. El documento forma parte del archivo del general e ingeniero Amado Aguirre, que custodia el Centro de Estudios sobre la Universidad. A propósito de este archivo y del que los descendientes del general Juan Barragán Rodríguez cedieron a la Universidad, Amaya Garritz elaboró sendas guías que permiten al investigador acercarse a los contenidos de los documentos reunidos por ambos generales constitucionalistas.

Un gran documentalista fue Carlos Bosch García. Desde antes de incorporarse al instituto ya había dado muestra de ello con su *Materiales para la historia diplomática*, publicado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Ya dentro, uno de sus proyectos fundamentales fue la serie *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos* que, en cinco volúmenes, abarca correspondencia diplomática de 1824 a 1853. Lamentablemente no cuenta con índices analíticos que permitan dar seguimiento a distintos corresponsales, aunque está dispuesta en estricto orden cronológico. Con todo, es una extraordinaria recopilación que podría verse beneficiada con una guía que facilitara su consulta. La labor realizada por Bosch fue impresionante.

En un ámbito que puede resultar curioso, la doctora Clementina Díaz y de Ovando dio a conocer una compilación de anuncios de prensa referidos a la práctica de la odontología en el siglo XIX, que constituye un anticipo extraordinario de historia de la publicidad.

Don Juan Ortega y Medina recuperó una valiosa serie de textos que expresan el pensamiento historiográfico producido en México de 1824 a 1936 en su apreciable libro *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia.* Éste fue inspiración para mi *Pensamiento histórico mexicano del siglo XX. La disolución del positivismo*, al que seguirá un volumen complementario sobre *El apogeo del historicismo* así como una compilación de los discursos de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia que tratan temas teórico-metodológicos.

¿Especie en extinción? Es notoria la disminución en los últimos años de la publicación de documentos y textos recuperados. No obstante, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* hay contribuciones de jóvenes, pero son cada vez menos frecuentes. Los historiadores de las generaciones más recientes parecen haber dejado a un lado esa práctica que ciertamente tiene un acento decimonónico. Acaso ha sido sustituida por los libros coordinados, esto es, compilaciones de textos breves en torno a un tema. De éstos, año con año se puebla la bibliografía no sólo histórica, sino humanística en general. Sin embargo, el rescate documental y textual seguirá teniendo sentido en la medida en que se trate de documentos que comuniquen el pasado con el presente y tracen rutas hacia el porvenir. Eso, de ninguna manera se ha agotado, aunque es posible que se haya llegado a un cierto abuso de ese tipo de práctica. Existe la conseja, por lo demás falsa, de que los sistemas de evaluación no premian este tipo de trabajos, cuando la selección, la presentación y la anotación de textos son labores que exigen todas y cada una de las virtudes requeridas en el trabajo del historiador. Recuérdese a don Joaquín García Icazbalceta, a quien siempre se le agradecerán sus esfuerzos en el campo de la heurística. La historia moderna y contemporánea de México tiene grandes acervos de los cuales resulta interesante poner en circulación conocimientos que reposan en papeles de archivo y aun en colecciones publicadas, olvidadas por la memoria histórica. Es de esperarse que el instituto no renuncie a algo que lo ha caracterizado desde sus inicios.

Lo anterior remite a un campo paralelo que es el de la edición de textos clásicos de la historiografía nacional. La etapa moderna contrasta con la colonial. Frente a la riqueza de ediciones de clásicos de los siglos XVI y XVII, los del XIX quedan conformes con el fácil camino de la edición facsimilar. La excepción a esta regla la dio Virginia Guedea con su traducción, introducción y notas de las *Memorias* de Robinson, obra tan rara como importante para conocer la expedición de Mina.

Tradición y transición

En sus primeros veinte años, el instituto fue más bien parco en sus aportaciones a las historias de los siglos XIX y XX. De ahí que pueda hablarse de una vocación tardía suya para la temática que nos ocupa. Fruto del proceso de profesionalización del trabajo del historiador, a nivel mundial, fue el paulatino abandono de los temas de la historia inmediata en aras de la perspectiva y la objetividad. El señalamiento anterior de que sólo habían transcurrido 36 años entre la salida de Porfirio Díaz y la publicación del primer tomo de su archivo no es gratuita, a pesar de que a los 30 de ese suceso, José C. Valadés había dado a conocer la primera historia no testimonial del

porfirismo, es decir, un trabajo reconstructivo y no memorístico al que se podría agregar el adjetivo *académico*. Pese a ello y a que había abundante historiografía de la Revolución, el instituto tardó en investigarla, por lo cual era más seguro ir a la primera mitad del XIX. Así, don Alfonso Teja Zabre dio a la imprenta su *Vida de Morelos. Nueva versión*, obra cuyo original data ba de 1917 y que a lo largo de su vida Teja Zabre enriqueció. El mismo historiador publicó un breve libro sobre *Leandro Valle. Un liberal romántico*, con el cual el instituto se sumó a la celebración universitaria del centenario de la Constitución de 1857, que tuvo mejor eco historiográfico en las facultades de Derecho y Economía.

Los años cincuenta vieron dos estudios singulares: el de Martín Quitarte sobre don Carlos Pereyra, que debe entenderse como un diálogo entre un historiador joven con un figurón conservador exiliado, que llegó a ser considerado el historiador mejor dotado de México. El otro es la identificación hecha por Jorge Gurría Lacroix de artículos no firmados por Lucas Alamán aparecidos en *El Universal*, en los cuales expresa sus inclinaciones monárquicas y que no formaban parte de sus *Obras completas*, organizadas por don Rafael Aguayo Spencer para la Editorial Jus en los años cuarenta. Gurría hizo un estudio fino de las ideas monárquicas de Alamán, con gala heurística y parquedad hermenéutica.

De hecho, sólo al final de los años setenta, el instituto comenzó a hacerse presente como productor de estudios relativos al área elaborados de acuerdo con los cánones vigentes. Antes privó el tradicionalismo, lo cual no está reñido con la buena factura, pero la escasez se hace notoria cuando se ve en perspectiva. Una interesante aportación, que oscila entre el rescate documental y la investigación original es la *Memoria náhuatl de Milpa Alta*, libro en el que el antropólogo Fernando Horcasitas pregunta a doña Luz Jiménez, nahua hablante de la localidad, sobre los recuerdos de su infancia y primera juventud que le permiten evocar a Justo Sierra y la institución de un plantel escolar en el pueblo mencionado y la posterior incursión de los zapatistas en el sur del Distrito Federal, de quienes dice que les hablaban en su lengua. Lo que se originó como práctica del náhuatl hablado, derivó en un trabajo señero de historia oral que penetra en una zona entonces no explorada de la historia de la Revolución.

Las aportaciones de personal del instituto al conocimiento e interpretación de temas de los siglos XIX y XX se vieron en obras publicadas fuera de casa, como la *Historia de México* que patrocinó la editorial catalana Salvat y que fue la pionera de otras que vendrían más tarde. Ernesto de la Torre y yo coordinamos sendos tomos de dicha *Historia*, los que abarcan desde la Reforma e Intervención Francesa hasta el Porfiriato, y el que incluye desde la caída de este régimen hasta el fin del cardenismo. También hubo participación en los libros de texto para la secundaria abierta, en especial el de tercer

año, *México, historia de su evolución cultural*, coordinado, al igual que la *Historia* de Salvat, por Miguel León-Portilla, que abarca desde los milenios del México prehispánico hasta el presente. Ignacio del Río y yo fuimos los redactores de lo concerniente a los siglos XIX y XX. Asimismo, y sin querer dar notas protagónicas, el instituto participó a través de mi persona, en el Programa de Historia de la Revolución Mexicana coordinado por don Daniel Cosío Villegas y don Luis González en El Colegio de México para trabajar sobre los años de 1917 a 1924.

Los estudios de factura contemporánea cuya temática se refería al área que nos ocupa maduran, como se expresó, al final de los años setenta con *Los orígenes del partido único* de Alejandra Lajous y prosiguieron al inicio del decenio siguiente con la breve presencia de Brígida von Mentz en el instituto, quien aportó su *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, línea de investigación abierta desde los años cincuenta por don Juan Antonio Ortega y Medina, que dejó su *Zaguán abierto…* en 1987 y que continúa José Enrique Covarrubias. La inteligencia y el empuje de Alejandra Lajous, después exitosa directora del Canal 11, impulsaron un interesante *Manual de historia del México contemporáneo* aparecido en 1988 y que no tuvo el impacto que debió merecer. Es un buen auxiliar didáctico, en primer lugar, pero también un recorrido bien fundado a través de una época poco tratada en ese momento.

Otra presencia fugaz en el instituto fue la de Cecilia Noriega, quien dejó su libro *El Constituyente de 1842*, versión de su tesis presentada en El Colegio de México, antes de partir a tierras zamoranas. Históricas publicó en los años ochenta una serie de textos de investigadores ajenos al instituto, como el de María Vargas Lobsinger, sobre *La hacienda de La Concha*; el de Jorge Adame Godard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, originado también en una tesis doctoral de El Colegio de México, y que es una aportación muy novedosa por la recuperación de un tema no tratado desde la perspectiva académica. Dos libros importantes, sobre todo el segundo, fueron traducidos y publicados por el instituto, el de Michael C. Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución Mexicana,* obra que reivindica al caudillo de la fase inicial de la lucha armada de 1910 y su enfrentamiento con Madero y que se inscribe en la tendencia del revisionismo historiográfico, y el muy notable de Claude Fell, *Vasconcelos, los años del águila, 1920-1924*, sin duda hasta el momento el mejor estudio sobre un aspecto de la acción vasconceliana, que aunque acotado a los llamados "años del águila", o sea los correspondientes a la titularidad de la rectoría universitaria y la Secretaría de Educación Pública, no pierde de vista la totalidad de la persona y la obra de José Vasconcelos. Sin duda, uno de los libros más importantes publicados por Históricas.

Al final de los años ochenta se dio la incorporación de nuevas investigadoras al área moderna/contemporánea, una de ellas temporal y la otra, defi-

nitiva. La primera es Patricia Galeana, quien dejó constancia de su presencia con un estudio de muy buena factura sobre *Las relaciones Iglesia-Estado en el Segundo Imperio*, tema de su especialidad en la que se ubica como digna continuadora de Martín Quitarte. La otra también prosigue una de las líneas de trabajo de su maestro Carlos Bosch García. Se trata de Marcela Terrazas y Basante, investigadora de las relaciones entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX y cuyo primer libro al respecto fue *Los intereses norteamericanos en el noroeste de México. La gestión diplomática de Thomas E. Corwin, 1861-1864*.

Estudios

La revista *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* fue atestiguando la transición y la llegada a la adopción de las reglas del juego que han tendido a uniformar la factura de las revistas especializadas. Una breve reseña de la revista requiere de los siguientes datos. Su periodicidad fue *eventual* con lo que el compromiso del instituto se diluye al advertir que habría número cuando se recibieran suficientes colaboraciones, lo cual era más que difícil. Su primer editor, como ya quedó dicho, fue José Valero Silva, del primer número aparecido en 1965 hasta el tercero. Después vino un momento de transición con Ernesto de la Torre, apoyado por mí, para el cuarto número (1972); y para el quinto, se sumó Martín Quirarte. Del sexto en adelante, un adelante que llegó muy lejos, quedé solo al frente de la revista, con el apoyo técnico de Ricardo Sánchez Flores. En un sabático mío, Carmen Vázquez Mantecón se hizo cargo de *Estudios* (12, 1989). Finalmente, con el número 18, de 1998, llegó a su fin mi gestión. De hecho ese número fue armado por Martha Loyo, quien insistió en que apareciera todavía mi nombre al frente de la revista. Martha Loyo se hizo responsable de ella hasta el 24, de 2002, inclusive. Además de haber publicado muy buenos números, la doctora Loyo tiene el mérito de haber acatado las directrices del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología para dar a la revista un consejo editorial con nombres rimbombantes, *abstracts* en inglés y español, periodicidad semestral y, en suma, todo lo que según dicha instancia estatal constituye la excelencia en lo tocante a publicaciones periódicas académicas. Del número 25 en adelante, la editora es Marcela Terrazas, quien además de cumplir con cuidado, al igual que su predecesora, con su responsabilidad, ha propiciado la edición electrónica de la revista.

Estudios tiene una amplia variedad temática y su cobertura incluye la totalidad de los siglos XIX y XX. Es acaso donde ha cumplido el instituto su compromiso de investigar la historia moderna y contemporánea de México en mayor temporalidad y variedad temática. Cabe señalar que el boletín *Históricas* también ha sido un espacio de publicación de los investigadores del área, los cuales han dado a conocer ahí sus trabajos sobre la época que nos convoca.

Modernidad y contemporaneidad en la investigación

Hacia el final de los años ochenta e inicios de la década siguiente se fue consolidando una nueva manufactura en los estudios históricos, ya alejada del tradicionalismo inicial y enriquecida con una mayor variedad temática. A ello contribuyó la incorporación de nuevos investigadores cuya obra florece a partir de 1995. En contraste con las obras documentales de las primeras épocas, el decenio que cierra en 2005, se caracteriza por los libros coordinados, es decir, por obras en las que uno o más investigadores proponen una temática y reúnen a quienes habrán de trabajar temas afines. Asimismo destacan, como obras individuales, un elevado número de tesis doctorales convertidas en libro, tendencia que ya se había advertido desde los años ochenta y aun antes si se quiere. La producción de estos años, entre obra individual y colectiva es de 50% para cada una, y dentro de las individuales, las originadas en tesis representan el 80%. Esto da lugar a una duda acerca del futuro de la investigación histórica. Las tesis doctorales implicaron una inversión mínima de cuatro años en su manufactura, recalcando que se trata de tiempo mínimo, que puede ser aumentado en dos años más. Los sistemas de evaluación del trabajo del investigador propician la publicación de lo que podemos llamar *obra menuda*, es decir artículos y capítulos en libros coordinados, con lo cual se cubren los requisitos para sobrevivir, y en su caso, avanzar cada trienio, cuando es sometido a examen el trabajo del investigador, con énfasis en el verbo someter. El problema que se presenta es si los historiadores se conformarán solamente con ser autores de un libro importante, el derivado de la tesis doctoral, que los exprese en plenitud y el resto de su obra quedará en la dispersión de los trabajos de 25 a 50 cuartillas, o ambicionan escribir un libro de madurez que los confirme y los haga destacar en la disciplina. Claro está que se puede dar la recuperación de la obra menuda en libros que guarden afinidad temática, lo cual es una práctica internacionalmente aceptada e incluso deseable. Sin embargo, queda en el aire el imperativo de la obra mayor, de la que distingue y representa a un autor. Ésa corre el peligro de perderse ante las exigencias de la producción continua de obra terminada en plazos rápidos.

Las obras individuales se generaron en la propia UNAM, en El Colegio de México y en dos universidades inglesas. Resulta más favorecido el siglo XIX, casi en proporción de dos a uno con respecto al XX y de éste no se llega más allá de los tiempos del general Cárdenas. La docena de libros dedicados a cuestiones del XIX ofrecen las siguientes temporalidades, dos para la independencia, siendo uno de ellos de importación (Manuel Chust). El otro, de Ana Carolina Ibarra. El joven Alfredo Ávila se ocupa de los primeros tiempos independientes al igual que José Enrique Covarrubias. Carmen Vázquez

Mantecón ensaya la biografía con José María Tornel y Mendívil. José Ortiz Monasterio, del Instituto Mora, hace lo propio con la de Vicente Riva Palacio. Marcela Terrazas prosigue con sus trabajos centrados en la historia diplomática, con los necesarios sesgos económicos y regionales, según el caso. Silvestre Villegas incursiona en la historia política de los mediados del siglo para avanzar luego en la económico-diplomática. Por último, con una temática fresca, ubicada en los finales del siglo, Claudia Agostoni se abre hacia la modernización y la salud pública en un libro notable, desgraciadamente publicado en inglés, lo cual le restará un amplio universo de lectores en aras de una globalización mal entendida.[3] Ojalá circule en un futuro en nuestra lengua, ya que es una aportación sustanciosa. Por su parte, Elisa Speckman hace un estudio de título dostoievskiano sobre legislación penal, criminalidad y administración de justicia, coeditado con El Colegio de México. Libro de fina factura.

El siglo XX se centra en la Revolución con los textos de Felipe Ávila sobre zapatismo, en coedición con El Colegio de México; el Partido Católico en Jalisco, de Laura O'Dogherty; el proceso agrario en La Laguna, de María Vargas-Lobsinger; el general Joaquín Amaro, biografiado por Martha Loyo, y una versión que podría calificarse de desgarradora de la rebelión delahuertista y su gente, de Enrique Plasencia. Otro externo, Mario Ramírez Rancaño, del Instituto de Investigaciones Sociales, se refiere a los exiliados contrarrevolucionarios en los Estados Unidos.

La producción colectiva se ubica casi toda en el siglo XIX. La presencia de Leonor Ludlow en el instituto propicia una sólida incursión en temas de historia económica, pero no sólo eso, sino en un esfuerzo conjunto en el que participan, como entidades coeditoras, aparte del instituto, los colegios de México y Michoacán y el Instituto Mora, con historiadores de esos lugares y de otros muchos como la UAM Iztapalapa, el INAH, Banamex, el Tec de Monterrey, aparte de facultades universitarias como la de Economía y centros como el CESU. La decena de libros que los grupos congregados han entregado ilustran cómo los límites de la modernidad se han retrotraído al arranque de las reformas borbónicas, por lo que muchos contemplan la segunda mitad del siglo XVIII. La temática incluye crédito, agricultura, comercio, minería, etcétera. Además de esos libros, el instituto ha propiciado, con el Instituto Mora, una obra de temática diplomática cuya coordinación comparten Marcela Terrazas y Ana Rosa Suárez Argüello. Virginia Guedea aporta uno de tema independentista y las modernizantes Agostoni y Speckman, dos trabajos múltiples sobre aspectos de lo que las identifica. Con El Colegio de

[3] El libro fue publicado por las universidades de Calgary en Canadá y de Colorado en los Estados Unidos, además del propio instituto. No comparto el criterio de la Comisión Editorial que lo aprobó, cuando pudo haberse negociado su aparición en inglés por las dos universidades anglófonas y su versión castellana en la nuestra.

Michoacán, se publica una fresca incursión en el problema de la legitimidad política en el siglo XIX coordinada por los profesores-investigadores de la UAM Iztapalapa, Brian Connaughton y Carlos Illades.

Mención aparte merecen los dos volúmenes de la *Historiografía mexicana* iniciada por don Juan Ortega y Medina, continuada por Rosa Camelo, que abarcan la temporalidad de nuestro interés. Uno de ellos fue coordinado por Virginia Guedea y el otro por Antonia Pi-Suñer Llorens. Ambos extienden su contenido a lo largo del siglo XIX y están integrados por trabajos sobre historiadores individuales de la centuria señalada.

En producción colectiva, el siglo XX ha sido poco frecuentado y únicamente en el campo historiográfico. Gisela von Wobeser se hizo cargo de los resultados de un coloquio sobre cincuenta años de investigación histórica, Pablo Serrano hizo lo propio con la historiografía regional en formato electrónico y, de El Colegio de Michoacán, Conrado Hernández encabezó un grupo que abordó las tendencias y corrientes historiográficas del siglo pasado, coeditado por el instituto. La última obra en este sentido es *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, libro capitaneado por Evelia Trejo y yo, quienes nos colocamos al frente de otros 28 colaboradores para examinar una treintena de libros significativos de la historiografía mexicana producidos entre 1932 y 1998. Podría agregarse el interesante esfuerzo de Victoria Lerner, quien coordinó un número monográfico de *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* sobre procesos electorales, editado por Martha Loyo, que bien podría haber sido un libro.

Así como se han consignado las publicaciones de historiadores externos, podría hacerse un seguimiento de las colaboraciones de integrantes del instituto a trabajos editados fuera de él. Esto se conocerá cuando se publique la bibliografía de los investigadores de Históricas que prepara nuestra colega Amaya Garritz. Por ejemplo, en la *Historia de México* de las editoriales Planeta y Agostini, coordinada por Josefina Zoraida Vázquez; se cuenta con trabajos de Leonor Ludlow, Elisa Speckman y Felipe Ávila, en lo tocante a los volúmenes dedicados a los siglos XIX y XX. La propia Elisa Speckman participó en la *Nueva historia mínima de México* de El Colegio de México, así como Matute y Trejo aportaron lo suyo a la *Historia del catolicismo social en México*, editada en Monterrey, pero resulta difícil precisar todos y cada uno de los trabajos producidos por la comunidad de Históricas. A propósito de Amaya Garritz, en sus seis volúmenes de *Los vascos en las regiones de México* hay mucho de historia moderna y contemporánea en donde los emigrantes del norte de España a distintos rincones del país se hicieron presentes. Como estos libros hay otros muchos de historia más general que incluyen aspectos de los siglos XIX y XX, entre ellos varios de los libros de homenaje a nuestros historiadores.

Lo destacable del último decenio es que se ha consolidado una base de investigadores que trabajan los siglos XIX y XX, aunque de este último no se

avance hacia su segunda mitad. Un renglón a destacar sería el dedicado a ponderar otro tipo de actividad que no se mide bibliográficamente. Se trata de la formación que los investigadores del instituto han dado a becarios y estudiantes de licenciatura, maestría y doctorado, principalmente de la UNAM, pero también de otras instituciones de la capital y del país.[4] En ese renglón sí se ha traspasado la barrera de la segunda mitad del siglo y la riqueza temática sobrepasa la de las publicaciones consignadas. Son muchas las líneas de investigación que se han abierto en el trabajo con estudiantes, aunque lamentablemente no se les ha dado el seguimiento institucional necesario. El esfuerzo se queda en el trabajo individual de cada investigador. Lo mismo puede decirse de la participación en tareas de divulgación: conferencias, presentaciones en radio y televisión, en fin, todo aquello que comunica a núcleos más amplios de población del saber obtenido en el trabajo de investigación e interpretación de los momentos que se identifican como modernos y contemporáneos del país al que pertenecemos. El trabajo multiplicador no es escaso.

En sesenta años, casi en contra de su vocación inicial, debida al aristocratismo de sus fundadores, a quienes se atribuye el dicho de que "de la historia prehispánica no se sabe nada, de la colonial se sabe mucho, pero no pasó nada, y de la moderna, que pasó mucho, pero más vale que no se sepa", el Instituto de Historia, como se le llamó en su origen, ha aportado conocimientos e interpretaciones en torno a lo ocurrido en los dos siglos anteriores al actual. Primero por la vía documental y después por los estudios particulares, su producción y su trabajo representan poco menos de 20% de la totalidad de obras publicadas. Tal vez si se compara con lo aportado por parte de las áreas prehispánica y colonial, en el terreno cualitativo, la trascendencia resulte menor, en virtud de que sólo en la segunda mitad de su trayectoria, el trabajo moderno/contemporáneo ha adquirido mayor cohesión, lo cual implica un retraso con respecto a colonialistas y prehispanistas. Asimismo, se extraña una definición clara de sus líneas de investigación que evite la dispersión y logre mayor coherencia en sus trabajos. De la semilla sembrada por los maestros del exilio español que pertenecieron al instituto, hay dos que florecen: la que deriva de Ortega y Medina en historiografía, y en menor medida, en las visiones extranjeras sobre México, y la que viene de Bosch García, la siempre necesaria sobre las relaciones entre México y los Estados Unidos, no sólo en el siglo XIX, sino en la continuidad con el XX. Ahí hay dos tradiciones comprometidas a ser continuadas y que cuentan con culti-

[4] Por ejemplo, en el convenio celebrado entre los institutos de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Autónoma de Tamaulipas para dar lugar a una maestría en Historia, la mayoría de los egresados optaron por temas de tesis de historia del siglo XX, llegando algunos a la que puede considerarse *época actual.*

vadores. Una nueva línea es la de los estudios sobre el advenimiento de la modernidad desde el ángulo social. Otra más puede ser la de los estudios sobre la institución del ejército y la vida militar. La historia económica tiene el mérito de abrir puentes entre las épocas, mientras que la política, ya sea en idea o en acción, puede asimismo cubrir lagunas y consolidar la integración de continuidades históricas en una época en la que se privilegia la investigación atomizada. Y conforme avance el tiempo, el siglo XXI será materia de los estudios históricos. Habrá que prepararse para ello. ❐

La melancolía del pasado: Hannah Arendt y la filosofía de la historia a cien años de su nacimiento[1]

Roberto Fernández Castro
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

La filosofía de la historia de Kant está presidida por una posición pesimista ante el espectáculo que la historia humana despliega frente a nuestros ojos; ésta se presenta como un espectáculo de locura, ambición, codicia y perversidad, y por tanto, nada más extraño que acudir a ella en busca de ejemplos de sabiduría y virtud útiles al proceso racional de educación humana. Esta filosofía no esconde su fundamento ético, pero tampoco es un simple pesimismo retórico acerca de la locura, la maldad y la miseria humanas que han caracterizado su historia pasada. De ser así, tal vez se trataría de una actitud injusta y poco cuerda ante los hechos, pues el historiador también puede observar que, en todas las épocas del pasado de las cuales se conoce algo, "ha habido ocasiones en que los hombres fueron lo suficientemente sabios como para pensar bien lo que tenían que pensar; lo suficientemente buenos como para hacer eficazmente lo que tenían que hacer, y lo suficientemente felices como para encontrar que la vida no sólo es tolerable sino atractiva".[2]

Una de las consecuencias de esta "exagerada melancolía ante el pasado", como la llama R. G. Collingwood, puede ser "la exagerada esperanza" en el futuro, pero sobre la misma base ética es posible seguir caminos diversos y tan distintos que hasta se vuelven opuestos, según la actitud que asumimos al situarnos en la brecha que abren el pasado y el futuro. La filosofía de la historia de Hannah Arendt es uno de los ejemplos luminosos nacidos de dicha melancolía. Al leer el interés de Kant en los principios de la acción moral como principios de la acción política, Hannah Arendt colocó la pregunta de "¿qué debo hacer?" en el centro del filosofar kantiano, y muy aparte de los interrogantes metafísicos de "¿qué puedo saber?" y "¿qué puedo esperar?"; pero además encontró que el fracaso del intento de reconciliación con la realidad mediante la comprensión del más profundo significado de la totalidad del proceso histórico, estuvo precedido por un intento

[1] Hannah Arendt nació en Hannover el 14 de octubre de 1906 y murió en Nueva York el 7 de diciembre de 1975.

[2] Robin George Collingwood, *Idea de la historia*, edición revisada que incluye las conferencias de 1926-1928, 3a. ed., edición, prefacio e introducción de Jan van der Dussen, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 661 p. (Sección de Obras de Historia), p. 172.

de desembarazarse de la metafísica en favor de una filosofía política; orientación que, *mutatis mutandis*, habrían compartido Thomas Hobbes, John Locke y David Hume.[3]

Mi propósito en las páginas siguientes no sólo consiste en hacer un recorrido por la vida y la obra de Hannah Arendt, aunque un texto conmemorativo y de difusión como el presente lleva consigo un poco de esto. Lo que más me interesa es poder explicar cómo la "melancolía del pasado" que Collingwood encontró en su examen de la filosofía kantiana de la historia, no sólo sirve también para describir el pensamiento de Hannah Arendt acerca del conocimiento histórico que en su obra se sitúa entre la filosofía y la teoría política, sino que además permite entender la réplica de Hannah Arendt a la historiografía que exige escribir con justicia, con cordura y sin la irritación motivada por un fenómeno condenable como lo fue el totalitarismo, forma de gobierno a cuyo estudio dedicó una de sus obras más importantes.[4] Y es que para ella la descripción objetiva implicaba condonar, y más que eso, suprimir la emoción con la insensibilidad, siendo que la ausencia de emoción no se hallaba en el origen de la comprensión y en modo alguno se oponía a lo racional.

La relevancia del pensamiento y la obra de Hannah Arendt se encuentra hoy fuera de toda duda, pero comparte con la de otros autores el haber pasado por un periodo de varios años de franco desconocimiento en la filosofía europea continental. Y en los Estados Unidos, donde vivió más de treinta años y donde escribió la mayor parte su obra, Arendt no tuvo mejor suerte. Hasta antes de la década de los setenta lo que más se destacaba era su "incoherencia como historiadora", su presentación parcial de los hechos y su falta de alguna metodología histórica o sociológica; pero sobre todo, se le conoció porque con su estudio sobre la banalidad del mal había cometido un acto de imperdonable mala fe al querer "llenar de fango a las víctimas del nazismo".[5]

Las condenas que cayeron entonces sobre Hannah Arendt impidieron que la filósofa judía alemana fuera leída y comprendida por el conjunto de sus escritos publicados hasta entonces. Casi nadie recordó que ella había es-

[3] Hannah Arendt, *De la historia a la acción*, traducción de Fina Birulés, introducción de Manuel Cruz, Barcelona, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, Instituto de Ciencias de la Educación, 1995, 171 p. (Pensamiento Contemporáneo, 38), p. 60 y 69.

[4] Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 2a. ed., versión española Guillermo Solana, Madrid, Alianza, 719 p. (3 volúmenes), 1987, p. 30-31.

[5] *Cfr.* Simona Forti, *Vida del espíritu y tiempo de la polis. Hannah Arendt entre filosofía y política*, traducción de Irene Romera Pintor y Miguel Ángel Vega Cernuda, prólogo de Fina Birulés, Madrid, Cátedra/Instituto de la Mujer, Universitat de València, 2001, 498 p. (Feminismos, 65), p. 24-25. El desarrollo del tema de "la banalidad del mal" y la colaboración que los consejos judíos prestaron en la organización nazi de la "solución final" se encuentra en Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, traducción de Carlos Ribalta, Barcelona, Lumen, 1999, 460 p. (Palabras en el Tiempo, 271).

tudiado con Edmund Husserl, que había sido discípula de Martin Heidegger en Marburgo, y que en 1929 había escrito su tesis doctoral dirigida por Karl Jaspers acerca del concepto de amor en San Agustín, misma que con unas pocas modificaciones se convirtió en su primer libro publicado.[6] Hannah Arendt vivió uno de los momentos de mayor esplendor filosófico en Alemania antes de verse obligada a escapar de la persecución nazi en 1933. Primero se refugió en París, y a partir de 1940, se estableció definitivamente en Nueva York. De estos años datan los dos primeros textos a los cuales quiero referirme: la biografía de Rahel Varnhagen y el ensayo de revaloración de Franz Kafka.[7]

El manuscrito para el libro sobre Rahel Varnhagen, "la judía paria del Berlín romántico cuya búsqueda infeliz de la asimilación imposible" sirvió a Arendt para entenderse a sí misma en el Berlín prehitleriano,[8] estuvo terminado en su mayor parte desde 1933. La autora simplemente se interesó en "contar la vida de Rahel como ella misma habría podido contarla"; por eso el libro está escrito desde un punto de vista desacostumbrado en el género biográfico, porque el objetivo de Rahel que Hannah hizo suyo, de "convertirse en «portavoz» de los acontecimientos", transformando lo acontecido en dicho, contando una y otra vez en la reflexión la propia historia, a uno mismo y a los demás, tiene como resultado convertir en destino la historia contada. Esto aplica también para lo escrito por Arendt, quien se esfuerza por seguir con la mayor exactitud las reflexiones de Varnhagen, pero también entiende que, si su libro se considera una contribución a la historia de los judíos alemanes, así sea sólo en el aspecto que tiene que ver con el modo como asimilarse a la vida social e intelectual del mundo circundante, repercutió en una vida hasta convertirse en un destino personal, esto sólo es posible porque la materia tratada es histórica, porque la historia de los judíos alemanes y su problemática han terminado.

[6] Hannah Arendt, *El concepto de amor en San Agustín*, traducción de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Encuentro, 2001, 150 p. (Colección Ensayos. Serie filosofía, 188).

[7] Hannah Arendt, *Rahel Varnhagen. Vida de una mujer judía*, traducción Daniel Najmías, Barcelona, Lumen, 2000, 411 p. (Lumen Femenino), y "Franz Kafka revalorado", en Franz Kafka, *Obras completas I: novelas*, edición de Jordi Llovet, traducción de Miguel Sáenz, ensayo biográfico Klaus Wagenbach, Barcelona, Galaxia Gutemberg; Círculo de Lectores, 1999 (Opera Mundi).

[8] Es ésta la hipótesis de Agustín Serrano de Haro en su "presentación" de Hannah Arendt, *Ensayos de comprensión 1930-1954. Escritos no reunidos e inéditos de Hannah Arendt*, traducción de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Caparrós, 2005, 554 p. (Colección Esprit, 54), p. 9. Al respecto Hannah Arendt escribió varios años después lo siguiente: "Siempre he considerado mi condición judía como uno de los datos incontrovertibles de mi vida, y acerca de tales facticidades nunca he deseado cambiar nada ni rechazar nada. Existe una cosa tal como la gratitud fundamental por todo aquello que es como es; por lo que nos es dado y no hemos hecho, ni puede ser hecho". Citado por Fina Birulés, en Hannah Arendt, *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*, traducción de Miguel Candel, introducción de Fina Birulés, Barcelona, Paidós, 2005, XXVII-195 p. (Paidós Básica, 122), p. XII.

Pero si de lo que se trataba, según la propia Arendt, era "de no querer saber más de lo que Rahel misma supo, y de no atribuirle, por medio de observaciones supuestamente superiores, otro destino que el que tuvo y vivió de manera consciente",[9] lo cierto es que el mayor logro en la vida de Rahel: pasar de la vergüenza y la infelicidad de haber nacido judía a la condición de judía y paria que ya no está dispuesta a renunciar a esta condición por nada del mundo, porque así ha encontrado un lugar en la historia de la humanidad europea, entraña una contradicción y una ambigüedad insuperables que residen precisamente en el pasado histórico de Europa. Y es que en una sociedad que en su conjunto ha venido siendo antisemita sólo es posible asimilarse si se asimila también el atisemitismo. Hannah Arendt resume esta tensión al afirmar que no hay asimilación si uno se limita a abandonar su pasado pero ignora el ajeno. Es aquí donde la melancolía hunde sus raíces, porque no hemos sido nosotros los que nos hemos dado la vida ni la hemos elegido en libertad.[10]

Según la propia Arendt, ella escribió el libro de Rahel Varnhagen con la intención de comprender ¿qué se puede hacer, en concreto, políticamente, como judía? Pero la formulación de su pregunta lleva implícito el rechazo de la simple y superficial distinción que se hace entre realidad externa y realidad interna, misma que determina la perspectiva biográfica en el relato de la vida de Varnhagen, pero también se destaca en el texto sobre Kafka. Así como para Kafka lo que cuenta es la verdad y no una realidad externa (entendida como fachada del mundo) o una realidad interna (entendida como el secreto oculto que el otro no supo o no estuvo dispuesto a reconocer), la vida de Varnhagen adquiere el mismo carácter de irrealidad que los personajes kafkianos. Es ese carácter de irrealidad el que caracteriza a los seres humanos de los cuales escribió Hannah Arendt y que los acerca a los protagonistas de las obras de Kafka; todos ellos son modelos variables de un único ser humano cuya única realidad es su imperturbable concentración en asuntos comunes a todos los seres humanos.[11]

A fines del otoño de 1944 o principios de invierno de 1945, Hannah Arendt entregó a Mary Underwood, de la editorial Houghton Mifflin, el pri-

[9] Hannah Arendt, *Rahel Varnhagen*, *op. cit.*, p. 18.

[10] *Ibid.*, p. 103 y 290-291.

[11] Además de Varnhagen y Kafka, los otros seres humanos acerca de cuya vida escribió Arendt fueron Ephraim Lessing, Rosa Luxemburgo, Angelo Jiuseppe Roncalli, Karl Jaspers, Isak Dinesen, Hermann Broch, Walter Benjamin, Bertolt Brecht, Waldemar Gurian y Randall Jarrell. Todos ellos permitieron a Arendt adquirir la convicción de que "incluso en los tiempos más oscuros [como fue la primera mitad del siglo XX] tenemos el derecho de esperar cierta iluminación, y que esta iluminación puede llegarnos menos de teorías y conceptos, que de la luz incierta, titilante y a menudo débil que irradian algunos hombres y mujeres en sus vidas y sus obras". Hannah Arendt, *Hombres en tiempos de oscuridad*, edición completa y revisada, traducción de Claudia Ferrari y Agustín Serrano de Haro, Barcelona, Gedisa, 2001, 284 p. (Colección Esquinas), p. 11.

mer esbozo del libro más personalmente significativo que tenía intención de escribir. Lo titulaba *Los elementos de la vergüenza: antisemitismo, imperialismo, racismo*. En otras ocasiones también se refería a él titulándolo de manera más dramática: *Los tres pilares del infierno*. Y a veces sencillamente lo llamaba *Una historia del totalitarismo*. Sólo seis años más tarde, cuando el libro, considerablemente modificado y ampliado a partir del esbozo original, estuvo casi listo para ser publicado, se decidió su título definitivo. Sin embargo, tampoco el título de *Los orígenes del totalitarismo* resultó satisfactorio para su autora, ya que el libro nada tenía que ver con un estudio genético, algo así como *El origen de las especies* de Darwin. Hannah Arendt quería encontrar un título que reflejara el método del libro, un método claramente distinto de los utilizados por la historiografía tradicional. Así por ejemplo, el título de *The burden of our time*, bajo el cual a pesar de sus propuestas fue publicado por sus editores en Inglaterra, tuvo un éxito inmediato porque capturó el tono de la obra, pero no su enfoque.

Hannah Arendt puso de manifiesto su problema metodológico en una carta dirigida a la misma Mary Underwood y fechada el 24 de septiembre de 1964. Ella estaba convencida de que generalmente los historiadores dan por sentado que los acontecimientos y los periodos sobre los que escriben son parte de una secuencia, un desarrollo o una evolución conectados con el presente. De ahí que ella quisiera mantenerse alejada de la metodología histórica en el sentido estricto, porque le parecía que esa continuidad sólo estaba justificada si el autor quería entregar la materia de su estudio al cuidado y a la memoria de futuras generaciones. Escribir historia en ese sentido siempre se convertía entonces en una suprema justificación de lo sucedido.[12]

Aunque Hannah Arendt se negó a contemplar los objetivos del totalitarismo desde una óptica teológica, se acercó a ella cuando se refirió al "mal radical" o "mal absoluto". "No sé lo que en realidad es el mal radical", escribió a Jaspers el 4 de marzo de 1951, el mismo mes en el que se publicó su libro, "pero tiene algo que ver con [este] fenómeno: la superfluidad de los hombres, *como hombres*". Arendt aventuró la hipótesis de que, cuando los hombres aspiraron a la omnipotencia atribuida en las religiones monoteístas al Dios que hizo a los hombres, estaban aspirando a la posibilidad de hacer al hombre superfluo. Ningún concepto del poder constituía un fundamento adecuado para la comprensión de este fenómeno; y, lo que era todavía peor, la filosofía occidental nunca había tenido un concepto puro de

[12] Carta de Hannah Arendt a Mary Underwood, Houghton Mifflin, 24 de septiembre de 1964, citada por Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, traducción de Manuel Lloris Valdés, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1993, 651 p. (Colección Debates/Biografía, 14), p. 262-263. *Cfr.* Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1987, p. 30-31.

la política, y no podía tenerlo porque siempre había hablado del Hombre y nunca de la pluralidad humana.

Pero ésta sólo fue su conclusión para la teoría política. Como historiadora del totalitarismo, Arendt se esforzó sobre todo en demostrar que, a diferencia de los históricos regímenes de la monarquía, la república y la tiranía, el totalitarismo, como una forma de gobierno sin precedentes, no podía pretender un suelo igualmente genuino como aquéllos, porque éste sólo podría revelarse bajo las imposibles circunstancias de una unidad global de toda la humanidad. Por eso el mundo ficticio del régimen totalitario implicaba el peligro real de que, para poder seguir existiendo era indispensable la dominación total al interior del país y la destrucción de cualquier otro país no totalitario que amenazara la ideología del terror. Es aquí donde se toca la ideología del terror y la violencia, porque para Arendt ambos suplantan y suprimen el principio de acción política y no sólo la libertad, sino incluso cualquier espacio posible para el ejercicio de la misma; por eso no dejó de sorprenderla el hecho de que los historiadores le tuvieran escasa atención a estos dos fenómenos.[13]

Hannah Arendt acepta que la negación de la libertad es común a todas las tiranías, pero también afirma que para combatir al totalitarismo sólo se necesita comprender una sola cosa: que se trata de la más radical negación de la libertad y que la existencia de movimientos totalitarios son un testimonio elocuente del desplome de la estructura entera de la moralidad, del "desplome del cuerpo completo de mandatos y prohibiciones que tradicionalmente habían traducido y encarnado las ideas fundamentales de libertad y de justicia en términos de relaciones sociales y de instituciones políticas".[14]

Sólo así podemos entender por qué Hannah Arendt dice haber escrito su libro "sobre un fondo de incansable optimismo y de incansable desesperación". Haberlo hecho con el convencimiento de que era posible descubrir los mecanismos ocultos mediante los cuales todos los elementos tradicionales de nuestro mundo político y espiritual se habían disuelto, fue para ella la manera de combatir el sometimiento a la falsa grandeza de lo que se presentó como "una necesidad histórica". En ese caso, el antisemitismo apareció sólo como un catalizador del imperialismo y del totalitarismo, uno tras otro cada vez más brutal, pero los tres, poniendo de relieve las incertidumbres esenciales de nuestro tiempo, y a la vez, demostrando que la dignidad hu-

[13] *Vid.* Hannah Arendt, *Sobre la violencia*, traducción de Miguel González, México, Joaquín Mortiz, 1970, 95 p. (Cuadernos de Joaquín Mortiz). Vale mucho la pena recordar el hecho poco conocido u olvidado de que este breve ensayo fue traducido al español en México, en el mismo año de su aparición original en inglés, e incluso antes de que la propia Arendt lo colocara al frente de su siguiente libro: *Crises of the Republic*, que apareció dos años después.

[14] "De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión", en *Ensayos de comprensión*, *op. cit.*, p. 395.

mana precisaba de un nuevo principio político que alcanzara a toda la humanidad sin excepciones.

Si era cierto que en las fases finales del totalitarismo éste había aparecido como un mal absoluto (porque no podía ya ser deducido de motivos humanamente comprensibles), también era cierto que sin él, tal vez no habríamos conocido nunca la naturaleza verdaderamente radical del mal ni habríamos descubierto la medida de la fortaleza humana. Pero Arendt no se conformó con la formulación de esta ironía suprema y que habría implicado la tácita aceptación de una necesidad histórica. El punto de ruptura lo colocó en la imposibilidad de recoger del pasado lo bueno "y denominarlo sencillamente nuestra herencia", despreciando lo malo, y considerándolo simplemente como un peso muerto que el tiempo por sí mismo habría de enterrar en el olvido. Es así como se revela el verdadero enemigo de la humanidad que Hannah Arendt encontró en su reflexión acerca de la historia política moderna: la idea de una historia universal.

> La corriente subterránea de la Historia occidental ha llegado finalmente a la superficie y ha usurpado la dignidad de nuestra tradición. Ésta es la realidad en la que vivimos. Y por ello son vanos todos los esfuerzos por escapar al horror del presente penetrando en la nostalgia de un pasado todavía intacto o en el olvido de un futuro mejor.[15]

En 1958 Hannah Arendt publicó *La condición humana*, y dos años después, *Entre el pasado y el futuro*; en éste recogió algunos de sus más importantes ensayos publicados durante la década de los años cincuenta que continuaron con el desarrollo de líneas de investigación abiertas por *Los orígenes del totalitarismo*, pero ahora sí explícitamente a la luz de la teoría política y del carácter originario de la pluralidad en la política y en la historia. Entre 1956 y 1959 ella había trabajado ya en el proyecto de una *Introducción a la política*, encargada por la editorial Piper, alemana, y que se pensó que haría pareja con la *Introducción a la filosofía* de Karl Jaspers, publicada con gran éxito por la misma casa editora de Klaus Piper desde 1950.[16]

[15] "Prólogo a la primera edición norteamericana" de *Los orígenes del totalitarismo*, p. 13-14. *Cfr.* Hannah Arendt, *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*, traducción de Carmen Corral, introducción y edición de Ronald Beiner, Barcelona, Paidós, 2003, 270 p. (Paidós Studio, 157), p. 18-19. Aquí, Arendt hizo explícita la disyuntiva: o bien decimos con Hegel que la Historia del mundo es el tribunal del mundo, o bien afirmamos con Kant la autonomía del espíritu humano y su independencia potencial de las cosas como son o como han llegado a ser. "Si el juicio es nuestra facultad para ocuparnos del pasado, el historiador es el hombre que investiga, y quien, al narrar el pasado, lo somete a juicio. Si esto es así, recobraremos nuestra dignidad humana, se la reconquistaremos a la pseudo-divinidad de la edad moderna llamada historia, sin por ello negar la importancia de la historia, pero retirándole el derecho a ser el juez último."

[16] Hannah Arendt, *¿Qué es la política?*, traducción de Rosa Sala Carbó, introducción de Fina Birulés, Barcelona, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, Instituto de Ciencias de la Educación, 2004, 156 p. (Pensamiento Contemporáneo, 49).

Esa obra en particular nunca apareció en vida de Arendt y sólo la compilación de los materiales legados por la autora vio la luz en alemán en 1993, pero su sentido último, igual que la mayoría de los textos reunidos en español en *De la historia a la acción*, sólo se puede entender a la luz del prefacio de *Entre el pasado y el futuro*, donde está la clave de por qué la investigación de los conceptos antiguo y moderno de la historia son imprescindibles para entender su pensamiento político.[17]

Al rescatar un aforismo de René Char que en más de una ocasión ha servido para significar toda la obra de Hannah Arendt,[18] *Entre el pasado y el futuro* comienza justo donde termina el prólogo a *Los orígenes del totalitarismo*: "nuestra herencia —escribió el poeta francés— no proviene de ningún testamento", no hay una tradición que entre las posesiones del pasado a un futuro. Pero además, la falta de dicho testamento indica que ya no hay quien diga al heredero lo que le pertenecerá por derecho, no hay algo que transmita y preserve indicando dónde están los tesoros y cuál es su valor, y en suma, parece no existir una continuidad voluntaria en el tiempo, sin pasado ni futuro y sólo con el cambio eterno del mundo biológico.

La pérdida consumada por el olvido o por un fallo de la memoria a la cual alude Arendt se traduce, en términos de realidad política, como la pérdida de la conciencia del cumplimiento después de la acción, la cual es indispensable para que cualquier acontecimiento pueda ser contado a la historia y trasladar su significación. Sin la articulación operada por el recuerdo, sencillamente ya no hubo relato que se pudiera transmitir. Lo que falta entonces es el relato de una historia que se espera como consecuencia de la acción, y que, como tarea de la mente, consiste en entender lo que ocurrió reconciliando a los hombres gracias a la comprensión.

Así, para Hannah Arendt, "la única causa que ha sido abandonada ha sido la más antigua de todas, la única que en realidad ha determinado, desde el comienzo de nuestra historia, la propia existencia de la política, la causa de la libertad contra la tiranía".[19] Pero esto no quiere decir que la historia a la cual ella se refiere sea una historia de la realidad de los acontecimientos políticos o una historia más o menos convencional del pensamiento político; sus ensayos son ejercicios de pensamiento político no sólo porque las con-

[17] Hannah Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, traducción Ana Poljak, Barcelona, Península, 2003, 430 p. (Ediciones de Bolsillo, 57) y *De la historia a la acción*, traducción de Fina Birulés, introducción de Manuel Cruz, Barcelona, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, Instituto de Ciencias de la Educación, 1995, 171 p. (Pensamiento Contemporáneo, 38).

[18] Véase, por ejemplo, Agustín Serrano de Haro, "Hannah Arendt y la equivocidad de la historia", en Jesús M. Díaz Álvarez y María del Carmen López Sáenz (comps.), *Fenomenología e historia*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2003, 239 p. (Actas y Congresos), p. 155-165.

[19] Hannah Arendt, *Sobre la revolución*, traducción Pedro Bravo, Madrid, Alianza, 2004, 399 p. (El Libro de Bolsillo. Ciencia Política: Ciencias Sociales, 3426), p. 11.

diciones a las cuales alude son válidas exclusivamente dentro del campo de los fenómenos mentales, sino porque están encaminados al único objetivo de adquirir experiencia en cuanto a *cómo* pensar.

Y si no se trata del hallazgo de qué hay que pensar o de qué verdades se deben sustentar, lo que Hannah Arendt consigue es describir cómo, en la medida que el hombre piensa y es intemporal dentro de la realidad de su ser concreto, él vive en la brecha del tiempo situada entre el pasado y el futuro. Pero esta brecha tampoco ha de creerse como un dato histórico real, se trata de una tensión coetánea e inmanente al hombre sobre la tierra; "bien podría ser la región del espíritu", dice Arendt, pero es más bien la senda que el pensamiento allana y recorre una y otra vez aunque no siempre nos encontremos preparados para la actividad del pensar, pero precisamente por eso es que se hace indispensable la reformulación de los conceptos de la experiencia viva y del pensamiento que surge de ella. Es aquí donde se entiende por qué, en más de una ocasión, Hannah Arendt dijo de sí misma que ella era fenomenóloga aunque no a la manera de Hegel o de Husserl.

A lo largo de su obra, fueron muchas las ocasiones en las cuales Arendt insistió en la importancia de pensar a partir de la experiencia viva, y aunque todos sus escritos son efectivamente "tentativas de pensar" nacidas de su voluntad de comprender, fue sobre todo el último lustro de su vida cuando ella tuvo la oportunidad de volver a "respirar el aire libre de la filosofía". Al comenzar la década de los setenta, *La condición humana* era considerado su libro más filosófico, pero aún habría que esperar la discusión acerca de su texto sobre "El pensar", escrito a propósito de las conferencias Gifford en Aberdeen con las cuales fue distinguida.

Ése fue el origen de los manuscritos de "el pensamiento" y "la voluntad", las dos partes que hoy conocemos como *La vida del espíritu*, pero el fallecimiento de Arendt impidió que el programa se completara. El vacío dejado por la tercera y última parte de la obra, acerca de "el juicio", se trató de llenar con la publicación de las *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*, pero es difícil decidir acerca de ello. Más importante para nosotros es descubrir que dichas conferencias tienen por tema a la historia moderna de la filosofía de la historia, y que en ellas no sólo aparece un vívido retrato del hombre melancólico descrito por Kant como si hablara de sí mismo, sino que además la crítica de Arendt se coloca del mismo lado que el "ángel de la historia" de su amigo Walter Benjamin, "una figura básicamente melancólica, destruida por la inmanencia de la historia", como observó Gershom Scholem. Pero el hecho de que Hannah Arendt, como el historiador de Catón, haya preferido colocarse del lado de la causa vencida, no quiere decir que se haya conformado con huir del presente o con la sublime dignidad de la derrota, el carácter melancólico de su propia filosofía radica en el sentido de una lucha de antemano perdida: la lucha por la dignidad humana. ❐

❍ *OBITUARIOS*

In memoriam Guillermo Lohmann Villena, 1915-2000

Ernesto de la Torre Villar

Entre los estudiosos americanos del siglo veinte, pocos son los que hayan realizado obra seria y ameritada. El mundo indígena, la larga historia colonial, la insurgencia y el desorganizado siglo diecinueve tuvieron selectos cultores. Villacorta y Rodas en Guatemala, Fernando Ortiz en las Antillas, Valcárcer en el Perú, Ricardo Donoso y Eugenio Salas en Chile; en Argentina Ricardo Levene, en México Silvio Zavala y volviendo al Perú contamos con Guillermo Lohmann Villena.

De antigua estirpe limeña Lohmann Villena, quien tuvo excelente formación y quien más tarde la acrecentaría en instituciones europeas, sirvió a su país tanto en el ámbito de la enseñanza pues, luego de haber surgido de la Pontificia Universidad Católica del Perú, fue profesor honorario del Departamento de Humanidades en el cual recibió la distinción del galardón José de la Riva Agüero y Osma. También fue rector de la Universidad del Pacífico. Fue de los fundadores de la Sociedad Peruana de Historia en 1945 y posteriormente miembro destacado de la Academia de Historia Peruana.

En medio de intensa actividad actuó como director del Archivo General de la Nación y de la Biblioteca Nacional del Perú. También dirigió con gran celo la Academia Diplomática.

Ingresó temprano a la diplomacia, en la cual desempeñó varios cargos con lucidez y atingencia. Al final figuró como embajador representante del Perú ante la UNESCO y posibilitó el ingreso del Perú en el Comité Internacional de Ciencias Históricas.

Su producción histórica en libros y revistas especializados fue grande y de calidad. En los últimos años produjo: *Inquisidores, virreyes y disidentes* (1999); *Familia, linajes y negocios entre Sevilla y las Indias: los Almonte*, y *Plata del Perú, riqueza de Europa* (2004), amén de otras obras de gran trascendencia, fruto de sus meditaciones y de su continuo trabajo en los archivos españoles y peruanos.

Un buen conocedor de la historiografía peruana, Fred Brionna, lo llamó "el gigante del grupo".

Auténtico caballero, estudioso incansable, su imagen en los medios académicos españoles y peruanos tuvo el respeto de todos sus colegas y amigos. Vinculado familiarmente a España, formó familia respetable y gozó de la sim-

patía de sus colegas americanos que en él veían un dechado de investigador inteligente y minucioso, de un amigo cordial y excelente investigador.

Falleció en España en 2005. Dejó además de preciosa colección de trabajos, memoria de una existencia llena de esfuerzos, el calor de su cordial simpatía y su altísima calidad humana. ❐

❍ *EVENTOS ACADÉMICOS*

Cátedra del Exilio Español

A setenta años de la llegada de los exiliados españoles a México, la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Coordinación de Humanidades, el Instituto de Investigaciones Históricas y la Embajada de España, inauguró la Cátedra del Exilio Español: La UNAM ante el exilio español a setenta años del inicio de la guerra civil española (1936-2006). Además de recordar los episodios de 1936-1939 y su resultado, la cátedra tiene como propósito rescatar la memoria de los exiliados en México.

El acto fue celebrado en el auditorio de la Coordinación de Humanidades el 3 de julio pasado. En la ceremonia de inauguración estuvieron presentes Enrique del Val, secretario general de la UNAM; Mari Carmen Serra Puche, coordinadora de Humanidades; Alicia Mayer, directora del Instituto de Investigaciones Históricas, y María Cristina Barrios y Almanzor, embajadora de España en México.

El secretario general de la UNAM, Enrique del Val, habló del convenio entre la Universidad de Alcalá, la Universidad Carlos III, la Fundación Pablo Iglesias, el Grupo Santander y la Universidad Nacional Autónoma de México para dar inicio a la Cátedra del Exilio, firmado en Valladolid, España, en abril de este año. Asimismo se refirió al cambio que marcó en nuestro país la llegada del grupo de ilustres exiliados españoles.

La directora del Instituto de Investigaciones Históricas, Alicia Mayer, resaltó la importancia de la labor de los exiliados españoles como formadores de nuevas generaciones que hoy dan renombre a la UNAM.

La embajadora española mencionó en su discurso que los acontecimientos de la guerra civil desencadenaron "la instauración de la dictadura franquista y la posguerra" y generaron una "elite del exilio —profesores, intelectuales y científicos— [que], ayudados en su dolorosa marcha por instituciones de auxilio a los republicanos, encontró segundas patrias de acogida. La más generosa y cálida fue México, con el empeño y actuación del general Lázaro Cárdenas, quien comprendió que la aportación del exilio español podía ayudarle en sus propósitos de modernización del país".

También participaron en esta reunión Ramón Peralta y Fabi, director de la Facultad de Ciencias; Ambrosio Velasco, director de la Facultad de Filosofía y Letras, Fernando Serrano Migallón, director de la Facultad de Derecho, quienes destacaron las aportaciones de los exiliados a través de su labor académica en las diferentes escuelas y facultades de la UNAM. Otros especialistas abundaron en el tema de las contribuciones del exilio español en el Instituto de Investigaciones Históricas: Jaime Litvak King abordó la vida y obra de Pedro Bosch Gimpera; Mi-

guel León-Portilla destacó la labor de Juan Comas; Rosa Camelo habló sobre José Miranda; Carlos Serrano presentó un trabajo sobre Santiago Genovés; Marcela Terrazas trató el caso de Carlos Bosch García y Cristina González resaltó las contribuciones de Juan A. Ortega y Medina.

Este grupo de españoles y otros más, como José Gaos, Max Aub, Luis Buñuel, Luis Cernuda y José Ignacio Mantecón, entre otros, llegaron a nuestro país y contribuyeron con su labor diaria al progreso de la nación que los albergó.

La cátedra durará tres años, tiempo durante el cual se llevarán a cabo diversas actividades tanto en México como en España. ❐

❍ *NOTICIAS*

Premios y distinciones

El Premio Ciudad de México otorgado por el Gobierno del Distrito Federal fue concedido a Miguel León-Portilla el 23 de junio de 2006.

El doctor Javier Sanchiz fue aceptado como miembro correspondiente del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas en julio de 2006.

La Asamblea General del LII Congreso Internacional de Americanistas, que se realizó en Sevilla, España, del 17 al 21 de julio de 2006, otorgó una mención de honor al doctor Miguel León-Portilla por su larga y destacada trayectoria en los estudios de tema americanista.

Cambio de adscripción

A partir del 1o. de agosto la doctora Alicia Azuela de la Cueva es parte, por un año, de la planta de investigadores. Su cambio de adscripción del Instituto de Investigaciones Estéticas a Históricas se debe a que, entre otras labores académicas, colabora en el proyecto *1810-2010. La configuración intelectual del México moderno y contemporáneo*, dirigido por la doctora Virginia Guedea. ❐

❍ *NOTICIAS*

Premios y distinciones

El Premio Ciudad de México otorgado por el Gobierno del Distrito Federal fue concedido a Miguel León-Portilla el 23 de junio de 2006.

El doctor Javier Sanchiz fue aceptado como miembro correspondiente del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas en julio de 2006.

La Asamblea General del LII Congreso Internacional de Americanistas, que se realizó en Sevilla, España, del 17 al 21 de julio de 2006, otorgó una mención de honor al doctor Miguel León-Portilla por su larga y destacada trayectoria en los estudios de tema americanista.

Cambio de adscripción

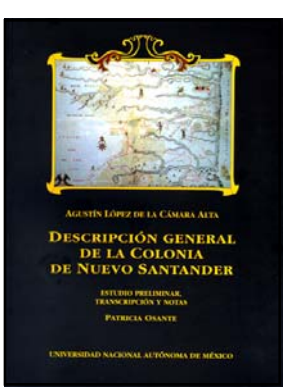
A partir del 1o. de agosto la doctora Alicia Azuela de la Cueva es parte, por un año, de la planta de investigadores. Su cambio de adscripción del Instituto de Investigaciones Estéticas a Históricas se debe a que, entre otras labores académicas, colabora en el proyecto *1810-2010. La configuración intelectual del México moderno y contemporáneo*, dirigido por la doctora Virginia Guedea. ❐

❍ *PUBLICACIONES*

NOVEDADES EDITORIALES

Rodolfo Aguirre Salvador *et al.*, *La universidad novohispana en el Siglo de Oro. A cuatrocientos años de El Quijote*, coordinación de María del Pilar Martínez López-Cano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Centro de Estudios sobre la Universidad, 2006, 150 p. (Serie Divulgación 6).

De manera clara y sencilla, Rodolfo Aguirre Salvador, Enrique González González, María del Pilar Martínez López-Cano, Gabriela Oropeza Tena, Leticia Pérez Puente, Bernardo Polo Madero y Marcela Saldaña Solís muestran un panorama de la universidad novohispana en los siglos XVI y XVII desde sus orígenes y sus antecedentes europeos de las universidades americanas hasta los estatutos, constituciones y privilegios que regían a la universidad novohispana. Incluyen en esta obra información acerca de la vida académica, la vida cotidiana de estudiantes y profesores, algunas semblanzas de personalidades del Siglo de Oro y tres anexos (Cédula de Fundación de la Real Universidad de México; Algunas disposiciones legales sobre los estudios, y Los pecados de los universitarios, un apartado de un manual de confesores referido a maestros y alumnos).

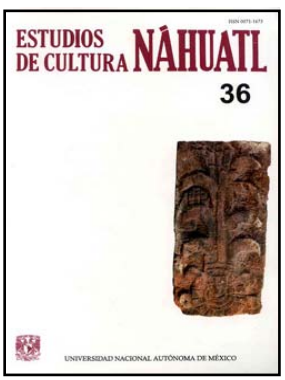


Agustín López de la Cámara Alta, *Descripción general de la Colonia de Nuevo Santander*, estudio preliminar, transcripción y notas de Patricia Osante, presentación de José Omar Moncada Maya, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2006 (Serie Documental 27).

Escrita por Agustín López de la Cámara Alta, la *Descripción general de la Colonia de Nuevo Santander* es un documento importante y de particular utilidad para el estudio de la fundación y consolidación de las primeras poblaciones novohispanas del actual estado de Tamaulipas. Al ingeniero militar López de la Cámara Alta le fue encomendada, por el

virrey marqués de las Amarillas, la tarea de acompañar, en calidad de asesor, a José Tienda de Cuervo durante la visita judicial que este último realizara a dicho territorio en 1755. Producto de esta visita es el relato que hoy se publica y que habrá de complementar los conocidos textos que elaboraran sobre el Nuevo Santander José de Escandón, Vicente de Santa María y José Tienda de Cuervo.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



Estudios de Cultura Náhuatl, 36, 2005.

Artículos

Volumen 36: Arqueología, creencias, lengua e intercambio cultural

Línea y color en Tenochtitlan. Escultura policromada y pintura mural en el recinto sagrado de la capital mexica, *Leonardo López Luján, Giacomo Chiari, Alfredo López Austin* y *Fernando Carrizosa*

Ubicación e importancia del templo de Xipe Tótec en la parcialidad tenochca de Moyotlan, *Carlos Javier González González*

The Pre-Hispanic poetics of Sahagun's *Psalmodia christia*na, *J. Frederick Schwaller*

Ejes conceptuales entre los nahuas de Guerrero, *Catharine Good*

Itzcóatl y los instrumentos de su poder, *María Castañeda de la Paz*

Cempoallapohualli. La crono-logía de las veintenas en el calendario solar náhuatl, *Patrick Johansson K.*

Cartografía prehispánica e hispanoindígena de México, *Miguel León-Portilla*

La guerra naval en el valle de México, *Isabel Bueno Bravo*

El corazón y sus enfermedades en la cultura náhuatl prehispánica, *Carlos Viesca, Andrés Aranda* y *Mariblanca Ramos de Viesca*

Tlantepuzilama: las peligrosas andanzas de una deidad con dientes de cobre en Mesoamérica, *Guilhem Olivier*

El origen de algunos dioses prehispánicos, una explicación desde la teoría histórica-genética, *Laura Ibarra*

Autosacrifice in Ancient Mexico, *Michel Graulich*

La confesión auricular. Dos textos, *María José García Quintana*

El oro azteca y sus conexiones con el poder, la fertilidad agrícola, la muerte y la guerra, *Elizabeth Baquedano*

El dragón y la mazacóatl. Las criaturas del infierno en un *exemplum* en náhuatl de Ioan Baptista, *Berenice Alcántara*

Yancuic nenonotzaliztli itechoa in xochitl in cuicatl. Nuevo diálogo de flor y canto, *J. Concepción Flores Xochime*

Algunas publicaciones recientes sobre lengua y literatura nahuas, *Ascensión Hernández de León-Portilla*

Reseñas bibliográficas

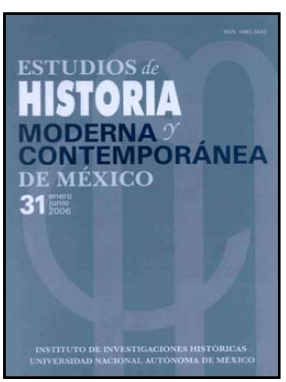
"*Tonalámatl de los pochtecas (Códice Fejérváry-Mayer)*, estudio introductorio y comentarios de Miguel León-Portilla", *Arqueología Mexicana* (Ana Rita Valero)

Georges Baudot, *Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal* (Pilar Máynez Vidal)

Pilar Máynez, *Breve antología de cuentos indígenas. Aproximación a la narrativa contemporánea* (Salvador Reyes Equiguas)

De historiografía, lingüística e historia de las lenguas, coordinación de Ignacio Guzmán Betancourt, Pilar Máynez y Ascensión Hernández de León-Portilla (Julio César Reyes Rosas)

Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, 31, enero-junio 2006.



Artículos

La práctica consular en el siglo XIX a través del consulado de Estados Unidos en Veracruz, 1822-1845, *Ana Lilia Nieto Camacho*

The American Star: el Destino Manifiesto y la difusión de una comunidad imaginaria, *Kenya Bello*

De poblados de hacienda a municipios en el altiplano de San Luis Potosí, *Juan Carlos Sánchez Montiel*

La labor geográfica de Antonio García Cubas en el Ministerio de Hacienda, 1868-1876, *Hugo Pichardo Hernández* y *José Omar Moncada Maya*

Guerra y política contra el cuartelazo. La revolución zapatista durante el régimen de Huerta, *Felipe Arturo Ávila Espinosa*

Reseñas bibliográficas

Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Entre el Porfiriato y la Revolución. El gobierno interino de Francisco León de la Barra* (Lorenzo Meyer)

Friedrich Katz, *De Díaz a Madero. Orígenes y estallido de la Revolución Mexicana* (Hildebrando Jaimes Acuña)

Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia* (Alberto del Castillo Troncoso)

Francisco Peredo Castro, *Cine y propaganda para Latinoamérica. México y Estados Unidos en la encrucijada de los años cuarenta* (Karina Ocaña Moreno)

Algo que se aprende, tratando de reconstruir un suceso a base de testimonios, es, justamente, que todas las historias son cuentos; que están hechas de verdades y mentiras.

MARIO VARGAS LLOSA, *Historia de Mayta*